

Obs" (como dicen los enterados) y culminó hace cosa de un mes, con el célebre almuerzo con Giscard d'Estaing. Claire Bretecher sabe, pues, de lo que habla: las contradicciones entre unos postulados izquierdistas y la inserción en una sociedad que los asimila; la difícil frontera entre el snobismo y la vulgaridad; la gran fatiga de los intelectuales, acomplejados por sus costumbres burguesas.

Jean Daniel, director del "Nouvel Obs", le rindió el mejor homenaje: "Gracias a ella nos resulta imposible tomarnos en serio en el periódico. Ha denunciado nuestros secretos arreglos con las ideologías y nuestra dificultad de vivir al ritmo desenfrenado de la ideas nuevas que preconizamos". ■ RAMON CHAO.

Una novela sin etiquetas

La anterior obra de Angel Vázquez (1), nada despreciable, no hacía, sin embargo, presumir, ni tan siquiera imaginar, que habría un día de sorprendernos, tras años de silencio, con una novela tan original —tan perteneciente a su origen— como "La vida perra de Juanita Narboni" (2).

Es Angel Vázquez un novelista marginado —por no decir ignorado— en el actual panorama de nuestra narrativa. Me pregunto si el hecho de escribir sobre Tánger y en un castellano tangerino (sobre todo, en ésta su última novela) han contribuido a su marginación. En verdad no me parece ésta una razón convincente. Máxime en un momento en que "los castellanos de extrarradio" —como los definiría Alejo Carpentier— abren (que no cierran, como creen algunos) las puertas a nuestra literatura. Si las puertas han permanecido entreabiertas, cuando no cerradas, ha sido por razones de política interior exclusivamente. Es más: soy de los que creen que esta polimorfía del castellano es un privilegio del que gozan muy contadas lenguas para así liberarse de la arteriosclerosis endémico-académica. Observen,

(1) "El cuarto de los niños" (1958), "Se enciende y se apaga una luz" (1962) y "Fiesta para una mujer sola" (1964): todas publicadas por Planeta, y la segunda de ellas, ganadora del premio de dicha editorial.

(2) "La vida perra de Juanita Narboni", de Angel Vázquez. Editorial Planeta. Barcelona, 1976.

si no, el esfuerzo notable —que se nota— de ciertos renovadores de muy cultas lenguas europeas.

No hay en "La vida perra de Juanita Narboni" el menor indicio de renovación liberada por parte de Angel Vázquez. En el prólogo así nos lo señala el propio autor. Y, sin embargo, es esta novela muy difícil de etiquetar, al rehuir por igual tanto las formas y fórmulas intelectuales y minoritarias al uso como las tradicionalmente conservadoras. En la novela que nos ocupa el fondo es inseparable de la forma, lo que es siempre un buen síntoma. Escrita en un lenguaje inmediato, al modo de como hablaban y siguen hablando ciertos habitantes de la ciudad de Tánger —en un castellano entremezclado de viejos giros sefarditas, amén de algunas salpicaduras en otras lenguas—, lo que en verdad prevalece y sorprende de su estilo es una muy directa luminosidad meridional. No olvidemos que la población española de Tánger se alimentaba principalmente de la Baja Andalucía. Así, pues, por más que el autor se adelante en el citado prólogo a confesarnos no haber pretendido, en lo posible, la menor transfiguración literaria en el



Angel Vázquez.

lenguaje, no podemos por menos de reconocer que, afortunadamente, han sido otros los resultados, que la transfiguración se ha producido a través de un lenguaje popular —inmediato— que no puede por menos de asombrarnos.

Escrita a modo de monólogo —en un monólogo al que calificaría de tridimensional, pues la protagonista habla consigo misma, con los muertos y con los vivos (sin que oigamos a éstos)—, su desarrollo en vertiginoso es-

piral nos devuelve un personaje tan auténtico como tragicómico —Juanita Narboni—, cuya descomposición concuerda en todo momento con la descomposición de una sociedad que ha dejado de ser lo que fue..., sin enterarse muy bien de sus porqués; me refiero a la muy particular sociedad de la desaparecida "zona internacional" de Tánger. Pero esta vez no referida a esa sociedad extravagante y cosmopolita que diera motivo a no pocas "novelas exóticas". El mundo al que Angel Vázquez se refiere es otro: son los tangerinos de clase media —en su mayoría, españoles y hebreos sefarditas— que allí crecieron durante generaciones enteras, alegres y confiados, hasta que un día se enteraron de que vivían en "tierra ajena". De ahí que el mundo árabe aparezca en la novela más como marco que como contenido. Lo que David Woolman define como "colonización ignorada".

A medida que avanza el relato, su protagonista, Juanita Narboni, lucha por recobrar la memoria —por recobrar a sí misma—, se construye y se destruye, se hace y se deshace, permitiendo así al lector entrar en un mundo imaginativo —de imágenes— comparable a los mejores momentos fellinianos. Del desgarrar a la ternura, de la carcajada al llanto, la protagonista se confiesa ante nosotros en una borrachera verbal, donde lo más efímero —igual el título de una vieja y mala película que la letra de una olvidada canción— adquiere para nosotros el sabor y el valor simbólico de toda una vida frustrada. Salimos de esta novela con la extraña sensación de haber asistido a un baile de disfraces, donde las mentiras se convierten en verdades y las verdades se convierten en mentiras.

Novela ésta, insisto, difícil de etiquetar, pero a la que habrá que buscarle su puesto en el panorama de nuestra actual narrativa. Probablemente hayamos de recurrir a ese puesto aparte donde colocamos lo que nos resulta difícil de calificar. Virtud, que no defecto, de ciertas obras rabirosamente personales. ■ E. S.

Mágico, Octavio Paz

La obra poética y ensayística del mexicano Octavio Paz circu-

la con descomunal amplitud por los ámbitos de nuestra lengua. Su profundo conocimiento del arte y la cultura, sus felices reelaboraciones interpretativas, la atinada seducción de sus hallazgos estilísticos, ya configurarían una maestría notable de un clásico de nuestros días. En definitiva, uno de los finalistas fijos del Nobel de casi todos los años.

El canario Jorge Rodríguez Padrón —Las Palmas, 1943— publica ahora un estudio sobre Paz en la colección *Los Poetas*, de Júcar. Realiza —dentro de las coordenadas de esta serie— un acercamiento a la escritura del poeta y del crítico, a la vez que una clarificación de posturas.

En la primera parte del volumen —y tras un escueto apunte biográfico— se analizan las referencias culturales y lingüísticas que son núcleo fundamental en la obra de Paz, particularmente su concepción americanista del lenguaje, las posibilidades de la historia de nuestra cultura y la actividad o actitud "mágica" que adopta el escritor ante el mundo, lo que provoca el hallazgo de una estética sugerente y personal.

La segunda parte del libro supone el seguimiento de las etapas de su escritura poética, desde la reflexión sobre el pasado a la eliminación de los límites del poema, atravesando la incorporación de Oriente (que conoce Paz en su etapa de embajador, cometido en el que dimitió a raíz de los desgraciados sucesos de la plaza de las Tres Culturas) y la capital importancia del lenguaje del cuerpo, tanto ética como estética.

Una antología de los diversos seguimientos que conlleva la obra de Paz, fotografías y otros datos supletorios, terminan por configurar un texto que es, desde luego, básico para el acercamiento a este nombre principalísimo de nuestra cultura.

Rodríguez Padrón es catedrático de Literatura y ensayista fecundo en las páginas de TRIUNFO, "Camp de l'arp" y en las páginas literarias de otras publicaciones. Ha publicado "Domingo Rivero, poeta del cuerpo", "Geografía e Historia", "Tres poetas contemporáneos: Valery, Pavese, Paz", y espera próxima edición de su "Una aproximación a la nueva narrativa en Canarias", título con el que consiguió recientemente el Premio de Eru-

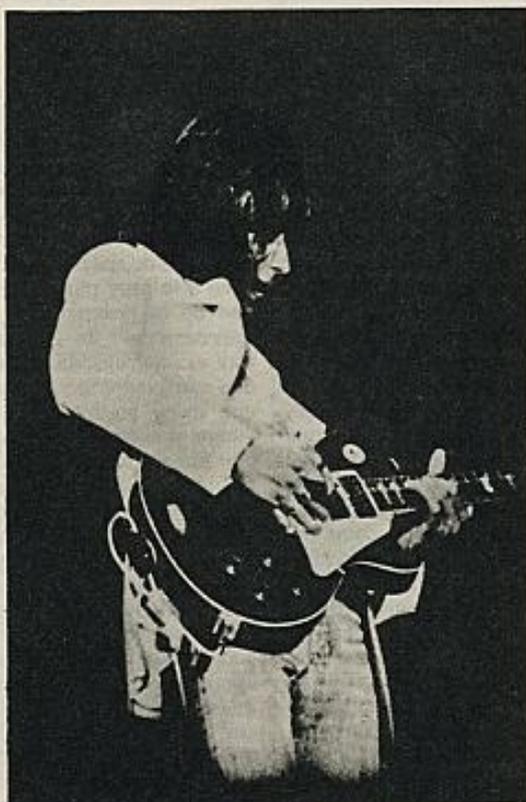
dición Viera y Clavijo. Actualmente prepara un traslado docente a EE. UU., y entre tanto aguarda la próxima lectura de su tesis doctoral, "La novela de Jesús Fernández-Santos", en la que hace un desglose y balance del realismo social en España y sus diferentes caminos de evolución. ■ LUIS LEON BARRETO.

DISCOS

Entre lo rústico y lo sintético

En marzo de 1965, dos guitarristas coincidían en el seno de los legendarios Yardbirds. Eric Clapton abandonaba el grupo y su sustituto era un muchacho llamado Jeff Beck. Ambos representaban formas contrapuestas de entender el rock: Clapton era el músico purista, el hombre serio totalmente dedicado a su superación artística; por el contrario, Beck era un guitarrista veleidoso que no tenía inconveniente en aportar su brillantez salvaje a dudosas cancioncillas pop. Casi doce años más tarde, los papeles se han trastocado. Sorprendentemente, Beck es ahora el músico cerebral, el virtuoso indiscutible de la guitarra eléctrica, mientras que Eric ha perdido el entusiasmo por la técnica y se dedica fervorosamente a la construcción de canciones sencillas. Algunos lo explicarían como un proceso de metempsicosis prematura, pero es algo menos esotérico: en el cargado y difícil mundo del rock, los hombres más inquietos tienen trayectorias confusas y hasta contradictorias.

Supongo que Jeff Beck todavía se siente mortificado al recordar aquella escena de "Blow-Up", en que se dedicaba a destrozarse metódicamente una guitarra rebelde, siguiendo instrucciones de Antonioni. Desde entonces, su obsesión ha sido borrar el recuerdo de aquella imagen, hacer una música digna y ganarse el respeto de sus colegas, y especialmente de los instrumentistas negros que tanto admira. Finalmente, Beck ha



Jeff Beck.

conseguido su propósito con LPs como "Wired" (CBS EPC 81578) rebosantes de un jazz-rock maduro y excitante.

Cabe imaginarse que Beck vio la luz tras escuchar la Mahavishnu Orchestra de John McLaughlin; de hecho, sus principales colaboradores en este LP —el teclista Jan Hammer y el baterista-compositor Narada Michael Walden— tocaron junto a McLaughlin y algunos de los imitados esquemas de la M. O. aparecen aquí vivos y coleando. Pero hay una gran diferencia: aunque Beck no evite totalmente esa esterilidad rítmica que embota el 99 por 100 de los discos de jazz-rock, su guitarra no ha trocado expresividad por velocidad. Incluso su trabajo en las piezas más líricas es extraordinario. Especialmente sustanciosa es su emocionante interpretación del famoso "Goodbye Pork Pie Hat": con impecable finura, Beck desgana la melodía de Charles Mingus intercalando unos cuantos añadidos irreverentes. Así, pues, el viejo Jeff continúa aceptando todo tipo de riesgos. Su imprevisibilidad, su inagotable curiosidad musical convierte a cada uno de sus discos en acontecimientos guitarrísticos. Y es que el antiguo "enfant terrible" se ha metamorfoseado en maestro de toda una generación de músicos.

Por su parte, Eric Clapton no lamenta haber abdicado de su título de Supremo Guitarrista del Rock, que estuvo a punto de asfixiarle al exigirle cotidianamente proezas sobrehumanas. Ahora, Clapton prefiere ser considerado como un "bandleader", líder de grupo; ha renunciado al puesto de guitarra solista y toda la adoración que ello conlleva. En su último LP, "No reason to cry" (Polydor 23 94 172) aparecen no menos de seis guitarristas invitados y Clapton ni siquiera toca en muchos cortes. Para algunos de sus seguidores nostálgicos, eso debe ser la máxima blasfemia. Sin embargo, son los resultados los que cuentan, y "No reason to cry" es una colección de canciones sobrias, elegantes y profundamente americanas. Para Clapton, el momento crucial fue la escucha del primer disco de The Band y en este LP por fin consigue integrar aquellas características que tanto le impresionaron —economía, poder de evocación, tradición— dentro de su música. Claro que fue grabado en los estudios de la Banda con la colaboración de las cuatro quintas partes del gran grupo canadiense.

A pesar de la profusión de amigos, mercenarios e invitados, Clapton controla el disco con total naturalidad. Son diez

canciones sin desperdicio que van desde el gospel al blues, diez temas hermosos donde el inglés demuestra modestamente sus habilidades como vocalista, compositor, arreglador, músico y coordinador. Indudablemente, "No reason to cry" es una de las obras más sólidas y satisfactorias de 1976. Como sorpresa cabe destacar el "Sign language" de Dylan, donde Eric y el compositor cantan a dúo, dejando luego espacio para que Robbie Robertson desarrolle uno de sus inimitables solos; es una canción que no estaría fuera de lugar en "Las cintas del sótano" y no creo exagerar al decir que vale más que todo el último disco en directo dylaniano.

Música sintética y música rústica. Rock de hoy mirando hacia el futuro y hacia el pasado. Jeff Beck y Eric Clapton todavía en la brecha. ■ DIEGO A. MANRIQUE.

Disfrutar con la música

La pertinaz obsesión sociologista que desde hace ya demasiado tiempo domina la crítica de arte, y que cifra toda la validez de éste en sus conexiones con el marco sociocultural en que surge, es la causante, en música, del común error de confundir la música de nuestro tiempo con la música que se hace en nuestro tiempo. Argumento que, retrospectivamente, lleva a considerar que la música hecha en tiempos pasados sólo tiene importancia por su valor documental, en cuanto reflejo de esos tiempos pasados.

Uno teme que esa obsesión vaya creciendo todavía más hasta invadir terrenos artísticos aún no propicios a tanta especulación y, así, dentro de unos años podamos escuchar a cualquier crítico de gastronomía sostener sin temor al ridículo que por lo que hay que comer gazpacho es porque da testimonio de la realidad sociopolítica de Andalucía. Con esto no quiero decir que el gazpacho no dé ese tipo de testimonio, y aun otros varios, sino que lo verdaderamente importante del gazpacho es que uno disfruta comiéndoselo. Y que me parecería lamentable que se marginara ese disfrute como hoy me parece mal que se margine el que nos proporciona